



“Sé que vosotros, como el resto de los estudiantes esparcidos por el mundo, estáis preocupados por los problemas que gravitan sobre vuestra sociedad y sobre todo el mundo. Dirigid la vista a esos problemas, exploradlos, estudiadlos y aceptadlos como un reto. Pero hacedlo a la luz de Cristo. Él es "el camino, la verdad y la vida" (Jn 14, 6). El sitúa a todo ser humano en la verdadera dimensión de la verdad y del amor auténtico. El verdadero conocimiento y la auténtica libertad se hallan en Jesús. Dejad que Jesús forme parte siempre de vuestra hambre de verdad y justicia, y de vuestro compromiso por el bienestar de vuestros semejantes.” (Juan Pablo II a los alumnos de la U.C. de Washington)

ROL Y DESAFÍOS DE LA UNIVERSIDAD CATÓLICA EDUCACIÓN, CULTURA Y FE

*Lectio Inauguralis
con motivo de la asunción como Gran Canciller
de la Universidad Católica de Temuco
5 de Agosto de 2013*

*+Héctor Eduardo Vargas Bastidas, SDB
Obispo de San José de Temuco
Presidente Área de Educación de la CECH*

Introducción

Estimado Sr. Rector, Autoridades, invitados especiales y representantes de toda la Comunidad Educativa de ésta, nuestra apreciada Casa de Estudios. Les saludo muy cordialmente, profundamente agradecido por todo lo que ustedes hacen por esta Institución de la Iglesia, y por sus alumnas y alumnos que son su razón de ser.

El tema solicitado es tan importante y complejo a la vez, que es imposible agotarlo en esta sencilla presentación. Tan solo me limitaré a compartir con ustedes algunas reflexiones al respecto, con el ánimo de sumarme a la gran riqueza de pareceres e ideas que cada uno de ustedes posee acerca de la temática en cuestión. He estimado conveniente ante todo decir una palabra acerca de la naturaleza y fines de la educación según el Magisterio de la Iglesia, enseguida los desafíos que ello implica para una Universidad Católica, y por último, las respuestas que ella está llamada a ofrecer a la Iglesia y a la sociedad, desde la identidad y misión que le son propias.

I. LA EDUCACIÓN EN CUANTO CONCEPTO

Para poder llevar a cabo una adecuada formación, se requiere ante todo comprender bien la misión específica de la educación. La educación la queremos concebir fundamentalmente como un proceso de formación integral, mediante la asimilación sistemática y crítica de la cultura. Y ésta, entendida como rico patrimonio a asimilar, pero y también como un elemento vital y dinámico del cual forma parte. Ello exige confrontar e insertar valores perennes en el contexto actual. De este modo, la cultura se hace educativa. Una educación que no cumpla esta función, limitándose a elaboraciones prefabricadas, se convertirá en un obstáculo para el desarrollo de la personalidad de los alumnos. De lo dicho se desprende la necesidad que todo centro de formación confronte su propio programa formativo, sus contenidos, sus métodos, con la visión de la realidad en la que se inspira y de la que depende su ejercicio.

Es decisivo que todo miembro de la comunidad educativa tenga presente tal visión de la realidad, visión que se funda, de hecho, en una escala de valores en la que se cree y que confiere a maestros autoridad para educar. No se puede olvidar que se enseña para educar, o sea, para formar la persona desde dentro, para liberarla de los condicionamientos que pudieran impedirle vivir plenamente como ser humano.

Los Pastores de América Latina reunidos en la Asamblea de Santo Domingo, afirmaban, en efecto, que “ningún maestro educa sin saber para qué educa, y que a su vez siempre existe un proyecto de persona encerrado en todo proyecto educativo; y que este proyecto vale según construya o destruya al educando. Este es el valor educativo.” (Consejo Episcopal Latinoamericano, Documento Conclusivo de la Asamblea General de Santo Domingo, n° 265. 1968. En adelante SD).

Lo anterior incluye poner de relieve la dimensión ética y religiosa de la cultura, precisamente con el fin de activar el dinamismo espiritual que hay en cada sujeto, ya que tanto el sentido y

el valor de su vida, depende de la capacidad de confrontarse con valores absolutos.

Así configurada, la educación supone no solamente una elección de valores culturales, sino también una elección de valores de vida que deben estar presentes de manera operante. Se comprende, por lo tanto, que el objetivo de todo maestro para ofrecer una educación genuina, es la de humanizar y personalizar al hombre, sin desviarlo, antes bien, orientándolo hacia su fin último que trasciende la finitud esencial de la persona. La educación en consecuencia, resultará más humanizadora en la medida en que más se abra a la trascendencia, es decir a la Verdad y al Sumo Bien. La educación, en definitiva, humaniza y personaliza al hombre, cuando logra que éste desarrolle plenamente su pensamiento y su libertad, haciéndolo fructificar en hábitos de comprensión y de comunión con la totalidad del orden real, por los cuales la misma persona humaniza su mundo, produce cultura, transforma la sociedad y construye la historia. (Consejo Episcopal Latinoamericano, Documento Conclusivo Asamblea General de Puebla, n° 1025. 1979.-)

II. EL CARÁCTER ESPECÍFICO DE LA EDUCACIÓN CATÓLICA

Después de haber señalado en modo muy sintético algunas características sobre la identidad de la educación en general, es posible ahora concentrar la atención en aquello que la especifica como católica. Hoy como en el pasado, algunas instituciones educativas que se dicen católicas, pareciera que no responden plenamente al proyecto educativo que debería distinguirlas y, por lo tanto, no cumplen con las funciones que la Iglesia y la sociedad tienen derecho a esperar de ellas. Lo que falta a veces es, quizás, una clara conciencia de la identidad católica de las mismas, y la audacia para asumir todas las consecuencias que se derivan de su diferencia respecto de otro tipo de centros de formación.

Por tanto se debe reconocer que su tarea se presenta como ardua y compleja, sobre todo hoy, cuando el cristianismo debe ser encarnado en nuevas formas de vida por las transformaciones que tienen lugar en la Iglesia y en la sociedad, particularmente a causa del pluralismo y de la tendencia creciente a marginar el mensaje cristiano. Lo que define la educación católica en este sentido es su referencia a la concepción cristiana de la realidad, y Jesucristo es el centro de tal concepción. (E.C, 65-664).

Cuando hablamos de una educación cristiana, por lo tanto, hablamos de que es capaz de educar hacia un proyecto de persona en el que viva Jesucristo; hay muchos valores; pero estos valores nunca están solos, siempre forman una constelación ordenada explícita e implícitamente. Si la ordenación tiene como fundamento y término a Cristo, entonces esta educación está recapitulando todo en Cristo y es una verdadera educación cristiana; si no, puede hablar de Cristo, pero corre el riesgo de no ser cristiana. (S.D., 2655). Se da de este modo una compenetración entre los dos aspectos. Lo cual significa que no se concibe que se pueda anunciar el Evangelio, sin que éste ilumine, infunda aliento y esperanza, e inspire soluciones adecuadas a los problemas de la existencia del hombre; ni tampoco que pueda pensarse en una verdadera promoción del hombre sin abrirlo a Dios y anunciarle a Jesucristo. (Juan Pablo II, Carta Apostólica Iuvenum Patris, con ocasión del centenario de la muerte de San Juan Bosco, Roma, 1988, n° 10.)

De este modo, estamos en condiciones de afirmar que en el proyecto educativo católico, Cristo el Hombre perfecto, es el fundamento, en donde todos los valores humanos encuentran su plena realización y, de ahí su unidad: El revela y promueve el sentido nuevo de la existencia, y la transforma capacitando al hombre y a la mujer a vivir de manera divina, es decir, a pensar,

querer y actuar según el Evangelio, haciendo de las bienaventuranzas la norma de su vida. Precisamente por la referencia explícita, y compartida por los docentes y miembros de la comunidad educativa, a la visión cristiana —aunque sea en grado diverso, y respetando la libertad de conciencia y religiosa de los no cristianos presentes en ella— es por lo que **la educación es «católica», porque los principios evangélicos se convierten para ella en normas educativas, motivaciones interiores y al mismo tiempo en metas finales. Este es el carácter específicamente católico de la educación.** (E.C., 34).

Dentro del mundo pluralista de hoy, la educación católica está llamada, entonces, a guiarse conscientemente en su tarea por **la concepción cristiana del hombre** en comunión con el magisterio de la Iglesia.

Contenidos y fines distintivos de la educación católica

Síntesis entre fe y cultura

Al proponerse promover entre los alumnos la síntesis entre fe y cultura a través de la enseñanza, la educación católica parte de una concepción profunda del saber humano en cuanto tal, y no pretende en modo alguno desviar la enseñanza y los aprendizajes del objetivo que le corresponde en la educación. (E.C., 38). En este contexto se cultivan todas las disciplinas con el debido respeto al método particular de cada una. Sería erróneo considerar estas disciplinas como simples auxiliares de la fe o como medios utilizables para fines apologéticos.

Dentro de esta forma de concebir la integración fe-cultura, es que nace la responsabilidad de la educación católica y por ende de cada profesor, de consagrarse sin reservas **a la causa de la verdad, distinguiéndose por su libre búsqueda de toda la verdad acerca de la naturaleza, del hombre y de Dios.** Nuestra época, en efecto, tiene necesidad urgente de esta forma de servicio desinteresado que es el de proclamar el sentido de la verdad, valor fundamental sin el cual desaparecen la libertad, la justicia y la dignidad del hombre. (Juan Pablo II, Constitución Apostólica Ex Corde Ecclesiae, sobre las Universidades Católicas. Roma, 1990. n°4; En adelante (E.C.E.10)

El Papa Francisco afirma al respecto, que la luz del amor, propia de la fe, puede iluminar los interrogantes de nuestro tiempo en cuanto a la verdad. A menudo la verdad queda hoy reducida a la autenticidad subjetiva del individuo, válida sólo para la vida de cada uno. Una verdad común nos da miedo, porque la identificamos con la imposición intransigente de los totalitarismos. Sin embargo, si es la verdad del amor, si es la verdad que se desvela en el encuentro personal con el Otro y con los otros, entonces se libera de su clausura en el ámbito privado para formar parte del bien común. La verdad de un amor no se impone con la violencia, no aplasta a la persona. Naciendo del amor puede llegar al corazón, al centro personal de cada hombre.

Se ve claro así que la fe no es intransigente, sino que crece en la convivencia que respeta al otro. En lugar de hacernos intolerantes, la seguridad de la fe hace posible el diálogo con todos. (Francisco, Lumen Fidei, LF, 34).

De esta manera, una institución de educación católica, considera las distintas ciencias

humanas, no sólo como un saber a adquirir, sino también como valores a asimilar y, en particular, como verdades que hay que descubrir. En la medida en que las diversas materias se cultivan y se presentan como expresión del espíritu humano que, con plena libertad y responsabilidad busca el bien, ellas son ya en cierta manera cristianas, porque el descubrimiento y el reconocimiento de la verdad, orienta al hombre a la búsqueda de la Verdad total, que es Dios. El maestro, preparado en la propia disciplina, y dotado además de sabiduría cristiana, trasmite al alumno el sentido profundo de lo mismo que enseña y lo conduce, trascendiendo las palabras, al corazón de la verdad total.

Illuminados por la filosofía y la teología, los docentes cristianos, deben esforzarse constantemente en determinar el lugar que le corresponde y el sentido de cada una de las diversas disciplinas, en el marco de una visión de la persona humana y del mundo iluminada por el Evangelio, y, consiguientemente, por la fe en Cristo-Logos como centro de la creación y de la historia. (E.C.E., 41). En efecto, en el contexto de la Universidad, la aparición de nuevas corrientes culturales está estrechamente vinculada a las grandes cuestiones del hombre, a su valor, al sentido de su ser y de su obrar, y, en particular, a su conciencia y a su libertad.

Promoviendo dicha integración, la educación católica debe comprometerse, más específicamente, en **el diálogo entre fe y razón**, de modo que se pueda ver más profundamente cómo fe y razón se encuentran en la única verdad. Aunque conservando cada disciplina su propia identidad y sus propios métodos, éste diálogo pone en evidencia que “la investigación metódica en todos los campos del saber, si se realiza de una forma auténticamente científica y conforme a las leyes morales, nunca será en realidad contraria a la fe, porque las realidades profanas y las de la fe tienen su origen en el mismo Dios” (Concilio Vaticano II, Constitución Apostólica Gaudium et Spes. Roma, 1963. n° 36).

A este nivel, es deber prioritario de los académicos católicos promover una síntesis renovada y vital entre la fe y la cultura, y el diálogo entre fe y ciencia. La vital interacción de los dos distintos niveles de conocimiento de la única verdad conduce a un amor mayor de la verdad misma y contribuye a una mejor comprensión de la vida humana y del fin de la creación.

La teología desempeña un papel particularmente importante en la búsqueda de esta síntesis del saber, como también en el diálogo entre fe y razón. Ella presta, además, una ayuda a todas las otras disciplinas en su búsqueda de significado, no sólo ayudándoles a examinar de qué modo sus descubrimientos influyen sobre las personas y la sociedad, sino dándoles también una perspectiva y una orientación que no están contenidas en sus metodologías propias. A su vez, la interacción con estas otras disciplinas y sus hallazgos enriquece a la teología, proporcionándole una mejor comprensión del mundo de hoy y haciendo que la investigación teológica se adapte mejor a las exigencias actuales. (E.C.E., 19).

De este modo, proclama el Papa Francisco, la mirada de la ciencia se beneficia de la fe: porque ésta invita al científico a estar abierto a la realidad, en toda su riqueza inagotable. La fe despierta el sentido crítico, en cuanto que no permite que la investigación se conforme con sus fórmulas y la ayuda a darse cuenta de que la naturaleza no se reduce a ellas. Invitando a maravillarse ante el misterio de la creación, la fe ensancha los horizontes de la razón para iluminar mejor el mundo que se presenta a los estudios de la ciencia. (L.F. 34)

En la comunicación del saber que obra todo maestro, resaltará cómo la razón humana en su reflexión se abre a cuestiones siempre más vastas, y cómo la completa respuesta a las mismas proviene de lo alto a través de la fe. Además, **las implicaciones morales**, presentes en toda

disciplina, son consideradas como parte integrante de la enseñanza de la misma disciplina; y esto para que todo el proceso educativo esté orientado, en definitiva, al desarrollo integral de la persona. (E.C.E.,20)

III. EL APORTE QUE LA UNIVERSIDAD CATÓLICA ESTÁ LLAMADA A OFRECER DESDE SU IDENTIDAD ESPECÍFICA

El Papa Juan Pablo II, en carta dirigida a la UC de Milán en 1979, aseguraba que la función peculiar de una universidad, y mucho más de una Universidad Católica, es la de ponerse al servicio de la persona humana, llamada a realizar en plenitud la propia dignidad de persona en la comunión del amor, y de promover a fondo la toma de conciencia de ello. En esto es vital la fe, porque solo ella todo lo ilumina con nueva luz, y manifiesta el plan divino sobre la vocación integral del hombre, y por esto orienta la mente hacia soluciones plenamente humanas" (*Gaudium et spes*, 11). Conviene estudiar esto para realizarlo y testimoniarlo, contribuyendo así a la construcción de un futuro más luminoso, más conforme, por lo tanto, con el destino humano que quiere Dios.

De este modo la Universidad, y de modo más amplio la cultura universitaria, constituyen una realidad de importancia decisiva. En su ámbito se juegan cuestiones vitales, profundas transformaciones culturales, de consecuencias desconcertantes, suscitan nuevos desafíos. La Iglesia no puede dejar de considerarlos en su misión de anunciar el Evangelio. Enviada por Cristo a los hombres de todas las culturas, la Iglesia se esfuerza por participar con ellos la buena nueva de la salvación. Siendo depositaria de la Verdad revelada por Cristo sobre Dios y sobre el hombre, tiene la misión de conducir hacia la auténtica libertad mediante su mensaje de verdad. Fundada en el mandato recibido de Cristo, se abre para iluminar los valores y las expresiones culturales, corregirlos y, si necesario fuere, purificarlos a la luz de la fe para llevarlos a su plenitud de sentido. (*Veritatis Splendor*).

De este modo, la Universidad Católica debe ser formadora de hombres realmente insignes por su saber, dispuestos a ejercer funciones comprometidas en la sociedad y a testimoniar su fe ante el mundo, finalidad que hoy es indudablemente decisiva. A la formación científica de los estudiantes conviene, pues, añadir una profunda formación moral y cristiana, no considerada como algo que se añade desde fuera, sino como un aspecto con el que la institución académica resulte, por así decirlo, especificada y vivida. Se trata de promover y realizar en los profesores y en los estudiantes una síntesis cada vez más armónica entre fe y razón, entre fe y cultura, entre fe y vida. Dicha síntesis debe procurarse no sólo a nivel de investigación y enseñanza, sino también a nivel educativo-pedagógico. (*Gravissimum educationis*, 10).

Efectivamente, la presencia de la Iglesia en la Universidad no es en modo alguno una tarea ajena a la misión de anunciar la fe, ya que « **La síntesis entre cultura y fe no es sólo una exigencia de la cultura, sino también de la fe... Una fe que no se hace cultura es una fe que no es plenamente acogida, enteramente pensada o fielmente vivida** ». (Juan Pablo II, Carta autógrafa instituyendo el Consejo Pontificio de la Cultura, 20 de Mayo 1982, en AAS, t. 74, 1983, 683-688.)

La fe que la Iglesia anuncia es una fe, que debe necesariamente impregnar la inteligencia del hombre y su corazón, ser pensada para ser vivida. **Ahora bien, sabemos que esto es posible precisamente a la luz de la revelación de Cristo, que en el misterio de su encarnación, unió en sí mismo a Dios y al hombre, a la eternidad y el tiempo, al espíritu y la materia. El Logos divino, es decir la razón eterna y creadora, que está en el origen del universo, y**

en la Encarnación de Cristo, se unió una vez para siempre a la humanidad, al mundo y a la historia. A la luz de esta verdad capital de fe, y al mismo tiempo de razón, es posible nuevamente, en el tercer milenio, conjugar fe y ciencia. En consecuencia, la presencia eclesial no puede, pues, limitarse a una intervención cultural y científica. Tiene que ofrecer la posibilidad efectiva de un encuentro con Cristo-Logos.

Por ello, los docentes universitarios han de esforzarse por mejorar cada vez más su propia competencia y por encuadrar el contenido, los objetivos, los métodos y los resultados de la investigación de cada una de las disciplinas, en el contexto de una coherente visión del mundo. Los docentes cristianos están llamados a ser testigos y educadores de una auténtica vida cristiana, que manifieste la lograda integración entre fe y cultura, entre competencia profesional y sabiduría cristiana. Todos los docentes deberán estar animados por los ideales académicos y por los principios de una vida auténticamente humana.(ECE, 22).

Se trata de la promoción de un diálogo entre teólogos, filósofos y científicos, capaz de renovar profundamente las mentalidades y de dar lugar a nuevas y fecundas relaciones entre la Fe cristiana, la teología, la filosofía y las ciencias en su concreta búsqueda de la verdad. Se trata de un debate cultural sobre las grandes cuestiones que afectan al hombre, la ciencia, la sociedad, y los nuevos desafíos que se abren al espíritu humano. Todo esto, teniendo en cuenta las características del espíritu universitario: diversidad y espontaneidad, respeto de la libertad y de la responsabilidad personales, rechazo de todo intento de forzada uniformidad. Se trata de construir una comunión en la legítima diversidad.

IV. ALGUNAS, CONSECUENCIAS PARA LA DOCENCIA EN LAS UNIVERSIDADES CATÓLICAS

Sin embargo, para ser fiel a su identidad y misión en el la cultura actual, debemos asumir que no son menores los desafíos que enfrenta hoy la Universidad Católica. En efecto, la Congregación para La Educación Católica y los Consejos Pontificios para los Laicos y la Cultura de la Santa Sede, en un documento conjunto llamado “La Presencia de la Iglesia en la Universidad y en la Cultura Universitaria”, constataban algunos puntos de preocupación, que paso a elencar:

Los estudiantes son atrapados de improviso por problemas orientativos que no saben afrontar. Muchas veces el ambiente en el que deben insertarse está marcado por la influencia de comportamientos de tipo socio-político y por la reivindicación de una libertad ilimitada en los campos de la investigación y de la experimentación científica. En numerosos lugares, en fin, los jóvenes universitarios confrontan un difuso liberalismo relativista, un positivismo cientista y un cierto pesimismo ante las perspectivas profesionales.

Por otra parte, vivir inmersos en esta cultura en mutación, con una exigencia de verdad y una actitud de servicio conforme al ideal cristiano, se ha hecho a menudo difícil. Paulo VI en 1966 en carta a los estudiante de la PUC de Chile, afirmaba: Es verdad que la cultura puede exasperar el anhelo de comprensión poniendo en circulación un indiscriminado pluralismo de ideas; mas su aporte es decisivo siempre y cuando asuma la tarea de procurar a la sociedad unidad en los principios respecto de la concepción última de la vida y del mundo.

Además, una constatación se impone: en numerosos países, la Universidad que por vocación está llamada a representar un papel de primer plano en el desarrollo de la cultura, se ve expuesta a dos riesgos antagónicos: o someterse pasivamente a las influencias culturales

dominantes, o quedar marginada respecto a ellas. Le es difícil afrontar esas situaciones, porque a menudo deja de ser una « comunidad de estudiantes y de profesores en búsqueda de la verdad », para transformarse en un mero instrumento en manos del Estado y de las fuerzas económicas dominantes, con el propósito exclusivo de asegurar la preparación técnica y profesional de especialistas y sin prestar a la formación educativa de la persona el lugar central que le corresponde. Por lo demás —y tal situación no deja de tener graves consecuencias—, muchos estudiantes frecuentan la Universidad sin encontrar en ella una formación humana capaz de ayudarles en el necesario discernimiento acerca del sentido de la vida, los fundamentos y la consecución de los valores y de los ideales.

Por otra parte, se advierte por doquier una gran diversificación de los saberes. Las diferentes disciplinas han llegado a delimitar su propio campo de investigación y de afirmaciones, y a reconocer la legítima complejidad y diversidad de sus métodos. Se hace cada vez más evidente el riesgo de ver a investigadores, docentes y estudiantes encerrarse en su propio sector de conocimientos, y limitarse a una consideración fragmentaria de la realidad.

Preocupa a su vez, que en ciertas disciplinas se fortalece un nuevo positivismo sin referencia ética: la ciencia por la ciencia. La formación « utilitarista » se impone sobre el humanismo integral y lleva a censurar o a sofocar los interrogantes más constitutivos de su existencia personal y social. Esto plantea nuevos y cruciales problemas éticos y presenta interrogantes inéditos sobre las perspectivas y los criterios epistemológicos de las diversas disciplinas del saber.

Se constata también, que para responder a su vocación, ante los grandes desafíos de la nueva cultura emergente, la Universidad carece de una « idea directriz », de un hilo conductor entre sus múltiples actividades.

Ahí radica la crisis actual de identidad y de finalidad de una institución orientada por su naturaleza misma hacia la búsqueda de la verdad. El caos del pensamiento y la pobreza de criterios de fondo impiden el surgimiento de propuestas educativas aptas a afrontar los nuevos problemas. La Universidad Católica, para cumplir su función ante la Iglesia y ante la sociedad, tiene la tarea de estudiar los graves problemas contemporáneos y de elaborar proyectos de solución que concreten los valores religiosos y éticos propios de una visión cristiana del hombre.

IV. ALGUNAS CONVICCIONES A MODO DE CONCLUSIÓN.

Finalmente, y en consideración a lo expuesto, me atrevo a someter algunas convicciones educativo pastorales a su reflexión.

Se requiere una tarea docente que ponga **en el centro de sus preocupaciones, la acogida de los jóvenes**. Nuestro compromiso de educar integralmente a los jóvenes, a menudo choca con un obstáculo: a muchos de ellos no les llega ni nuestro mensaje ni nuestro testimonio como educadores. Entre nosotros y la mayoría de ellos hay una distancia, que muchas veces es física, pero que es sobre todo psicológica y cultural. Eliminar distancias, hacernos cercanos, aproximarnos a ellos es, por consiguiente el primer paso. Ir y acercarse a los jóvenes, acogerlos desinteresadamente y con solicitud en nuestros ambientes educativos, y ponernos en atenta escucha de sus demandas y

aspiraciones, son para un educador opciones fundamentales que preceden a cualquier otro paso de educación.

Se trata de redescubrir que nuestra profesión docente es ante todo **una vocación**. En efecto, están llamados a ser maestros de vida en medio de los jóvenes. Implica hacerse cargo de sus esperanzas, tristezas y alegrías. Ofrecerles razones para descubrir el sentido de la vida. “América Latina y el Caribe viven una particular y delicada emergencia educativa. En efecto, las nuevas reformas educacionales de nuestro continente, impulsadas justamente para adaptarse a las nuevas exigencias que se van creando con el cambio global, aparecen centradas prevalentemente en la adquisición de conocimientos y habilidades, denotan un claro reduccionismo antropológico, ya que conciben la educación en función de la producción, la competitividad y el mercado.” (DA, 328).

La importancia, necesidad y pertinencia de las mencionadas reformas, efectivamente, no son suficientes para enfrentar los grandes desafíos de la educación. Tal vez, porque la mayoría de ellas apunta más bien a la intervención de algunos ámbitos de la vida y acción educativa, y al logro en ellos de determinados objetivos muy específicos, a favor de metas relacionadas con aspectos sociales, económicos y productivos. El legítimo anhelo de encontrar respuestas concretas a las urgencias diagnosticadas, tienden a caracterizar las conclusiones de pragmatismo y la búsqueda más bien de resultados de tipo cuantitativo.

Creemos que los problemas educacionales, obedecen a situaciones mucho más profundas y que es imperioso discernir y ayudar a descubrir. Por ello, la sola respuesta a temas que pensamos pueden resolverse con cierta agilidad y acuerdos políticos, financieros y jurídicos, no lograrán satisfacer los anhelos de nuestra juventud, es más, podrían incluso implicar nuevas frustraciones. Surgen entonces algunas pregunta no menores: ¿Cuáles son las ansias más profundas de nuestros jóvenes?, ¿Cuáles serán sus búsquedas e interrogantes más grandes?, ¿Qué será lo que más llena de sentido su existencia?, ¿sobre qué base esperan construir una vida plena?, ¿En qué consisten sus grandes necesidades, heridas y carencias?, ¿Qué espacios de participación ofrecemos a sus anhelos de justicia, de amor, solidaridad, compromiso, y de trascendencia?. ¿Cómo nos hacemos cargo de la cultura que les caracteriza y los aportes y valores que traen con ella?. ¿Será posible educar de verdad, sin haber despejado aunque sea mínimamente algunas de estas interrogantes?...

Nos asiste la convicción que nuestro actual sistema educacional tiene serias dificultades para dar respuestas adecuadas a las grandes ansias del corazón de nuestros jóvenes, a sus necesidades de desarrollo afectivo, intelectual, ético, social y espiritual. Tememos que estos ámbitos de la persona y que son centrales en los fines de una auténtica educación, se han quedado en la sola formulación de principios inspiradores, que hasta ahora no han logrado traducirse coherentemente en valores, objetivos, experiencias pedagógicas, ni en formulaciones curriculares concretas. Muy poco de esto es considerado a la hora de llevar a cabo mediciones nacionales e internacionales, porque muy poco de esto es considerado quizás por el mismo sistema, como parte de una educación de calidad. De hecho, se trasluce un cierto sesgo de utilitarismo al privilegiar tanto destrezas y competencias afines a necesidades técnicas, sociológicas y económicamente productivas. No pocas reformas, a la hora de proponer fines al sistema educativo, quedan con una gran deuda respecto del servicio a prestar a las personas mismas de los alumnos y alumnas.

El centro y **contenido fundamental de un educador es la persona del y la joven**, sobre todo si sufre pobreza, derrota y pecado. Su vida es punto obligado de donde partir para un proyecto educativo, es referencia constante a lo largo de su desarrollo y punto de llegada cuando éste ha logrado iniciar un plan de vida sólido. En virtud de ello, ningún joven debe quedar excluido de nuestra esperanza y de nuestra misión ya que tenemos la confianza de que en cada uno de ellos Dios ha depositado la semilla de su vida nueva.

Concluyo esta reflexión, basándome en un pasaje de las conclusiones de la Asamblea de Obispos en Aparecida: La alegría que los educadores cristianos hemos recibido en el encuentro con Jesucristo, a quien reconocemos como hijo de Dios encarnado y redentor, deseamos que llegue a todos los hombres y mujeres heridos por las adversidades; deseamos que la alegría de la buena noticia del Reino de Dios, de Jesucristo vencedor del pecado y de la muerte, llegue a cuantos yacen al borde del camino, pidiendo limosna y compasión. La alegría del discípulo es antídoto frente a un mundo atemorizado por el futuro y agobiado por la violencia y el odio. La alegría del discípulo no es un sentimiento de bienestar egoísta, sino una certeza que brota de la fe, que serena el corazón y capacita para anunciar la buena noticia del amor de Dios. Conocer a Jesús es el mejor regalo que puede recibir cualquier persona; haberlo encontrado nosotros es lo mejor que nos ha ocurrido en la vida, y darlo a conocer a los jóvenes con nuestra palabra y obras es nuestro gozo (Consejo Episcopal Latinoamericano, Documento Conclusivo de la Asamblea General de Aparecida, 2007, n° 29).